

# LOS PRIMEROS EJEMPLARES DEL QUIJOTE QUE LLEGARON A AMERICA

Diversos autores de nuestro continente afirmaron que *Don Quijote*, desde su edición inicial circuló en América y entre ellos recordaremos que Ricardo Palma fué uno de los primeros, aseverando en su libro *Mis últimas tradiciones peruanas* (Barcelona, 1906, p. 307 y sigtes.), que a fines de diciembre de 1605, el virrey del Perú, conde de Monterrey (Gaspar de Zuñiga Acevedo y Fonseca), recibió con el llamado galeón de Acapulco, un ejemplar de "un libro que un amigo le remitía de México con carta en que le recomendaba, como lectura muy entretenida, esa novela, que acababa de publicarse en Madrid y que estaba siendo en la coronada villa tema fecundo de conversación en los salones más cultos". Como el Virrey se hallaba muy enfermo, —refirió Palma,— no pudo gustar de la lectura de tan sabroso libro, pero se lo facilitó para que así lo hiciera al dominico fray Diego de Ojeda. El recordado autor, afirmó en el mismo lugar, que en el mes de marzo de 1606 en un cajón de libros procedente de España se llevaron al Perú seis ejemplares más del *Quijote*, que iban destinados a diversas personas radicadas en Lima.

Puso en duda Francisco Rodríguez Marín, en su libro *El "Quijote" y Don Quijote en América* (Madrid, 1911), lo referido por Ricardo Palma, diciendo "que esa entretenida historia tiene toda la traza de un cuento de camino", escribiendo a su vez, que en la flota de Tierra Firme correspondiente al año 1605, cuyos embarques de libros en parte destinaban al Perú, partió de Sevilla el 15 de mayo del año mentado, al mando del general Francisco del Corral y Toledo, arribando a Portobelo por noviembre de ese año, pudiendo así fácilmente recibirse ejemplares en Lima antes de finar el año, sin necesidad de que amigo alguno se lo "remitiese de Méjico [al Virrey del Perú] en el galeón de Acapulco".

Casi en nuestros días, Irving A. Leonard, en *Don Quijote and the book trade in Lima, 1606*, (1940), documentó: que los envíos de libros hecho en la armada de Tierra Firme, al mando de Fran-

cisco del Corral y Toledo, fueron recibidos en Lima por mayo de 1906, demostrando así, que la presunción de Rodríguez Marín, aunque parecía lógica, también había fallado. De modo que los primeros ejemplares del *Quijote* leídos en Lima, no lo fueron a fines de 1605, y sí, recién hacia la mitad del año de 1606. Por cierto, que no podrá decirse que fué mucha la espera que debieron hacer, quienes aspiraron la lectura de un libro recién publicado y cuya extraordinaria calidad y éxito nadie podía prever entonces.

El documento utilizado y publicado por el ilustre hispanista, profesor Leonard, fué hallado en un archivo de Lima por Guillermo Lohmann Villena, que se lo facilitó al primero, practicando así una acertada cooperación intelectual debidamente reconocida, lo que nos halaga señalar, para ver si en nuestro ambiente se ejercita con idéntico éxito y también con el mismo reconocimiento por parte de los autores beneficiados.

El documento aludido fué suscripto por el escribano Francisco Dávila y se extendió en la ciudad de los Reyes del Perú (léase Lima) a 5 de junio de 1606, y en él hace constar el mercader de libros Miguel Méndez, que recibió de Juan de Sarria el Mozo, cuarenta y cinco cajas de libros de las sesenta y una que su padre Juan de Sarria, mercader de libros, residente en Alcalá de Henares, le remitió en la flota de Tierra Firme de 1605, que estuvo al mando del general Francisco del Corral y Toledo. Dichas cajas habían sido desembarcadas en San Felipe de Portobelo, desde allí transportadas a lomo de acémilas a Panamá y nuevamente embarcadas en los navíos *Ave María* y *Nuestra Señora del Carmen* con destino al Perú. Consta que otras cajas habían sido remitidas con idéntico rumbo en el navío *Nuestra Señora del Rosario*, que hasta la fecha recordada, no había llegado al puerto de desembarque.

En las cuarenta y cinco cajas aludidas en el documento, cuyo contenido se pormenoriza, figuran registrados nada menos que 72 ejemplares del *Quijote*, embarcados en Sevilla en 26 de marzo de 1605. Consta en otro estudio del mismo autor, *On the Cuzco book trade, 1606* (1941), que en esa misma circunstancia fueron remitidos 9 ejemplares de ese total para ser vendidos en la ciudad del Cuzco.

No fué el señor Sarria, el Viejo, el único mecader que remitiera ejemplares del *Quijote* al Perú en la referida flota. En 25 de febrero de 1605, “es decir, —asienta Rodríguez Marín— cinco o seis semanas después de haber salido a luz pública la primera



parte de esta obra inmortal, Pedro González Refolio presentaba a la Inquisición para su examen cuatro cajas de libros, en una de las cuales iban: 5 *Don Quixotte de la mancha*".

Con lo que acabamos de exponer, se prueba una vez más, que apenas eran editadas las obras en España de inmediato los mercaderes las remitían a nuestro continente para solaz y pasatiempo de quienes gustaban de la buena lectura.

Con respecto al sector septentrional o sea la Nueva España, la flota destinada a esa parte, que en el año de 1605 fué al mando del geneal Alonso de Chaves Galindo, levó anclas del puerto de Sevilla el 12 de julio. Llegaría —probablemente— a San Juan de Ulúa hacia fines del mismo año. Según el ilustre cervantista español recordado, que revisó los registros de embarques, encontró anotados entre los libros destinados a la Nueva España nada menos que 262 ejemplares del *Quijote*. Aclaremos que algunos de los navíos que integraban ambas flotas, fueron destinados ese año a Puerto Rico, Santo Domingo, Santa Marta, Cuba y Honduras, en donde al igual que en México y el Perú, se solazarían entonces los vecinos con la lectura del libro inmortal, precisamente en su primera edición, impresa en Madrid por Juan de la Cuesta, en el mes de enero de 1605.

El profesor Leonard, en otro de sus aportes titulado *Romances of chivalry in the Spanish Indies* (Berkeley, California, 1933, p. 114) inserta una lista de libros enviados a Cartagena de Indias que fueron embarcados en Sevilla, con licencia dada en el Castillo de Triana, sede del Santo Oficio a 22 de marzo de 1605, en donde figura la constancia de la remisión de "diez y seis libros de don quixote". Como se advierte, y todo lo hace sospechar, la primera edición de *Don Quijote*, pasó casi íntegra a nuestro continente, a tenor con el estudio realizado por el señor Rodríguez Marín, que hemos mencionado arriba.

Vamos a referir ahora que Luis González Obregón en un curioso volumen que escribió con el título *México viejo y anecdótico* (París-México, 1909), en un capítulo que rotula *De cómo vino a México "Don Quijote"*, desconociendo, —como era lógico que ocurriera—, el libro de Rodríguez Marín que apareció dos años más tarde afirmó que el primer ejemplar del *Quijote* fué llevado a México en 1608 por Mateo Alemán, lo que fácilmente se destruye con lo que hemos expuesto anteriormente.

Desde la aparición de su primera edición, *Don Quijote*, circuló en América Española por los caminos más amplios, sin sufrir cortapisas en sus andanzas, no obstante lo legislado hasta la época

de su aparición. Su lectura regocijaba a los más simples y obligaba a meditar a los hombres más prudentes quienes por otra parte sacaban de sus páginas motivos de serias reflexiones.

Como prueba de que su contenido atraía a los lectores más allá de los lindes fronterizos, aún dentro de nuestro continente, recordemos que Alfonso de E. Taunay, en la *Historia da Villa de S. Paulo no Seculo XVIII*, (*Annaes do Museu Paulista*, S. Paulo, 1931, tomo V), recuerda que en el inventario de los bienes del "famoso bandeirante español pasado a tierra paulista", Martín Rodríguez Toledo, que se efectuó en 1612, figuraba entre los libros que poseía un ejemplar del *Don Quijote*. Dato valioso para trazar sobre un mapa espiritual el itinerario seguido en sus afortunadas peregrinaciones por el caballero Alonso Quijano el Bueno, en tierras americanas.

Puede decirse que a partir de entonces *Don Quijote* aparece anotado en casi todos los inventarios de libros que se enviaban para América, figurando igualmente entre los bienes dejados por quienes habitaron nuestro continente, como testimonio de cómo sabían apreciar su rico contenido, desprendiéndose del libro afortunado e inmortal tan solamente en la hora de la muerte.